

La Universidad, Inversión Cultural

por Sebastián Salazar Bondy

No comparte el cronista la truculenta idea de la crisis universitaria que, a raíz de la reciente demanda de mayor ayuda económica para nuestro primer centro de estudios, parece haberse consolidado en buena parte de la opinión pública. Es cierto que es preciso cubrir el déficit presupuestal de aquella entidad superior con el fin de lograr que su tarea —investigación y enseñanza— se ahonde y extienda, ya que, en muy amplia medida, los males de la institución tienen origen en la poquedad de los recursos con que cuenta, pero de ahí a arraigar en la conciencia popular la impresión de que la universidad peruana es inservible, tal como ha comenzado a pensar un considerable sector de la ciudadanía, hay mucho trecho. Tanto que se hace necesaria una reivindicación de los méritos de esta casa de estudios, de cuyas aulas han salido la mayoría de los hombres representativos del Perú pasado y presente. En la quiebra, o poco menos, el claustro universitario ha formado maestros y profesionales, intelectuales e investigadores, dirigentes y ciudadanos que constituyen la élite nacional del momento. No se trata, pues, de una nave hundida. Apenas puede equipararse a la que sortea, desde hace mucho tiempo, la marea —tal vez la tempestad— de unos tiempos críticos, y sus vaivenes y tumbos son los del medio en que está situada. Es absurdo echar la culpa de dichos tropiezos a los que la integran —profesores y alumnos—, cuando, en verdad, es el país entero víctima del mismo trance que ella vive.

Porque cabe preguntarse, ¿de dónde ha salido el médico a quien confiamos nuestra salud y la de nuestra familia? ¿Dónde ha adquirido su conocimiento el abogado que brilla en el foro o en la jurisprudencia? ¿Y el pedagogo, el sociólogo, el historiador, en qué lugar encami-

naron su vocación y aprendieron la base de lo que saben? ¿La mayoría de nuestros escritores, de nuestros periodistas de primera línea, de los líderes políticos que poseen una concepción del país y su destino. acaso no estuvo en la Universidad y ahí conformó sus ideas y sus doctrinas? Sólo que se o-



pine que la nación carece de una élite que, mal que bien, lo conduce, puede negarse a la universidad el reconocimiento de haber cumplido, en la medida de sus posibilidades, la misión que el país le encomendó. Y ello sería injusto. No es sólo dentro del territorio patrio en donde la gente egresada de las aulas de nuestro más importante centro docente ha mostrado su capacidad, sino fuera de él, en lugares en los cuales, a juzgar por el tono elegíaco de algunas protestas, se supone están los modelos dignos de imitar. Únicamente teniendo en cuenta este aserto —que la universidad ha podido, superando la incuria, crear a-

yer y hoy hombres valiosos y hasta generaciones valiosas— es que se puede asumir la actitud de juzgar su situación actual con severidad. Es decir, desde dentro, ubicándose en su espíritu y en su destino.

El país —lo sabemos todos, lo verificamos cada día— ha comenzado, desde hace una veintena o más de años, a crecer. Los sociólogos apuntan, especialmente en el fenómeno de la maduración latinoamericana, la aparición de una "clase emergente", clase nueva y tesonera que quiere saber y quiere gobernarse con la ciencia y los conocimientos. Esa floración humana llega, como es lógico, a la universidad, hasta hace medio siglo reservada a ciertos privilegiados, y ésta recibe el impacto multitudinario, que escala desde los peldaños de la instrucción primaria el ascenso hacia la profesionalización, que es liberación. El país ha crecido. No así sus instituciones fundamentales, entre ellas la universidad. El local mismo de la casa de estudios permanece idéntico, en sus viejos límites, y profesores y alumnos se acomodan como pueden en instalaciones que son recovecos, altillos, cuchitriles. ¿Cómo pueden ahí servirse las necesidades de la nación? Todo cruje y, a veces, estalla. La crisis se va a resolver, en suma, con dinero; con el dinero que el país le debe a la universidad porque no se lo dio durante muchos años, quizá durante cerca de un siglo. Pero en tanto, ahí siguen estudiando los que quieren estudiar, de ahí siguen egresando los dirigentes peruanos, de ahí depende el Perú futuro. Porque si la universidad —cómo quieren algunos— es una inversión, las utilidades que ella rinda serán siempre inmensurables en guarismos de finanzas. Serán cultura en un balance también cultural.